

al mismo tiempo es un modelo más diverso, múltiple y diversificado. La tensión que producen esas dos tendencias requiere institucionalizar estrategias de control de calidad y de acreditación. El objetivo final de la acreditación de las instituciones y programas es lograr una educación a lo largo de la vida para todas las personas (*LLL for all*) de calidad, que en el fondo es la meta más apreciada en Educación. Se trata de una Universidad sin fronteras en el doble sentido: interconecta el mundo entero, promoviendo al mismo tiempo los valores humanistas y de servicio a la sociedad⁴⁵.

Jesús M. DE MIGUEL

**Jorge Benedicto
M.^a Luz Morán**

Aprendiendo a ser ciudadanos

(Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-
Injuve, 2003)

Toda buena sociedad depende de sus ciudadanos. Requiere compromiso y, por tanto, estar

empeñados en la vida en común. Ello no es posible sin un sentimiento de pertenencia a esa comunidad. Mujeres y hombres, ya sean adultos, ancianos o jóvenes, constituyen comunidades que comparten espacios, normas y todos aquellos elementos que posibilitan la convivencia. Su participación, sin embargo, es desigual. El acceso a toda suerte de recursos no se reparte de igual modo entre los ciudadanos. Entre otras asimetrías, la capacidad de influir, la posibilidad de participar o la de detentar microespacios de poder, depende de si eres hombre o mujer, de si tienes más o menos habilidades o formación y de si las capacidades de cada uno le posibilitan atender las oportunidades que se le presentan. Depende también de si se es joven, viejo o se está en plena adultez. La edad desempeña un destacado papel, en especial cuando se es joven. La población adulta ejerce su influjo en los distintos ámbitos de la vida social. Los derechos de ciudadanía son ejercidos por una parte de esa población adulta. La influencia de los jóvenes se ve perjudicada por la falta de experiencia como ciudadanos y, muchas veces, porque tampoco encaja en las respectivas expectativas vitales.

La juventud es esa etapa de la vida en la que se deja de pertenecer a la niñez y todavía no se

⁴⁵ Es seminal el informe de la UNESCO, *Report on Trends and Developments in Higher Education in Europe* (París: UNESCO, Meeting of Higher Education Partners, 23-25 junio 2003), 37 pp. Es parte de la Division of Higher Education, www.unesco.org/education/wche, y de la World Conference on Higher Education 2003. Es un documento preparado por el European Centre for Higher Education (UNESCO-CEPES en Bucarest). Ver también John Brenan, Jutta Febrowitz, Mary Huber y Tarla Shah (eds.), *What Kind of University? International Perspectives on Knowledge, Participation and Governance* (Buckingham: The Society for Research into Higher Education & Open University Press, 1999), 258 pp.; y Werner Z. Hirsch y Luc E. Weber (eds.), *Governance in Higher Education: The University in a State of Flux* (Londres: Economica, 2001), 204 pp.

ha alcanzado la vida adulta. Es el pasaje de un vivir en un mundo construido por los demás a otro que les espera como protagonistas. Época difícil, sin duda, en la que la efervescencia hace rechazar lo establecido pero se está confuso sobre el porvenir. La ciudadanía es un aprendizaje. Pero también la vida se aprende. ¿Cómo hacerse ciudadanos? Es obvio que si de un aprendizaje se trata, la población adulta, esos ciudadanos que llenan el espacio público con su presencia y hasta protagonismo, deben asumir la responsabilidad de iniciar y procurar que las generaciones que están en tránsito hacia la adultez puedan sentirse reconocidas y capacitadas para intervenir e influir en su comunidad.

El libro *Aprendiendo a ser ciudadanos*, editado por Jorge Benedicto y María Luz Morán, recoge una serie de ensayos sobre experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes. Los distintos enfoques para analizar el tema de la juventud y su formación como nuevos ciudadanos que ofrece el libro, lo convierten en una aportación significativa frente a la necesidad de conceptualizar el significado del aprendizaje de ciudadanía. Los primeros textos del libro exploran las oportunidades y dificultades, pero también la necesidad, de construir una identidad colectiva de las jóvenes generaciones y, a su vez, los difíciles procesos de incorporación de la juventud a la ciudadanía. Distintas experiencias asociativas, la función de la educación y el análisis de diversos programas para la participación política de los jóvenes son los temas tratados por el resto de los autores. Tratan de la dimensión formativa y educativa que proporciona a los jóvenes valores, conocimientos y competencias para su integración en la comunidad, y también de las

prácticas que se programan desde las administraciones para que los jóvenes puedan ensayar, negociar y construir nuevos significados y nuevas formas de ciudadanía. Diversas experiencias y distintas políticas encaminadas a facilitar la integración ciudadana de los jóvenes intentan dar respuesta a una pregunta estimulante: ¿qué políticas y para qué jóvenes?

Hay jóvenes roqueros y otros tradicionales, jóvenes solidarios y otros egoístas, jóvenes comprometidos y otros «pasotas», desorientados o con una meta muy bien trazada. Ahora bien, si podemos hablar de *juventud* es porque existe una identificación generacional. Cada generación juvenil busca sentido a su experiencia vital en diálogo consigo misma y con las generaciones que la precedieron, que a su vez transmitieron los valores y creencias en los que fueron socializadas. Por ello se da el rechazo de unos valores establecidos para poder volver a construir otros —no siempre distintos— con la ilusión de haber sido los protagonistas. No es un camino fácil y es menester un diálogo intergeneracional que permita disminuir las dificultades de los jóvenes para identificarse con una determinada colectividad

Algunos de los autores nos hablan de una desvinculación de los jóvenes respecto al ámbito público. La falta de confianza y el distanciamiento del sistema político institucional pueden dar a entender la despreocupación juvenil por los asuntos de la *polis*. Un mundo adulto hostil frente a sus inquietudes conduce a los jóvenes a expresar su disconformidad con la salida, como si de un mercado se tratara, y no con la voz, como cabría esperar en el espacio político, por usar los conceptos acuñados por Albert O. Hirschman para el estudio

de estrategias en numerosas actuaciones sociales.

Hay jóvenes que comparten intereses y otros poco motivados en ello. Hay jóvenes ciudadanos activos, que no se sienten suficientemente vinculados al sistema democrático liberal, y otros que no han tomado todavía conciencia de sus deberes y derechos en tanto ciudadanos. Las asociaciones, como lugares de sociabilidad en intereses compartidos, como microespacios de reciprocidad, acogen una parte de los jóvenes. Hay otros que necesitan afianzarse organizándose al margen de lo instituido. Finalmente, hay experiencia pública y experiencia privada. Una parte de ésta recoge el malestar en la cultura política asentada por las generaciones adultas.

¿Son apolíticos los «jóvenes»? No parece que sea así, cuando miles de ellos salen a la calle para expresar su opinión, sus acuerdos o desacuerdos en temas que los incumben. Cuando se movilizan en contra de una ley de educación, por «otro mundo posible», en favor de la paz, o pidiendo al gobierno transparencia en su gestión, esos miles de gente joven están ejerciendo sus deberes ciudadanos y comprometiéndose con su comunidad y con un mundo que querrían mejor. Han entrado en la política. Están en la arena política con sus voces, rechazos y exigencias. Muchos otros jóvenes están, pues, implicados en la vida cívica y política. En este caso existe implicación, pero esa política activa que canaliza el interés de los jóvenes no sigue el esquema clásico de la democracia representativa. Parece que los partidos no brindan la oportunidad de encauzar las inquietudes políticas de gran parte de la juventud. ¿Ha sido siempre así? ¿Es ésa una ten-

dencia generacional, o bien se trata de un fenómeno moderno? Diversos estudios apuntan a que esa desconfianza en el sistema político no se da tan sólo entre las generaciones más jóvenes. En los últimos años, en casi todos los países democráticos, se ha ido debilitando la satisfacción hacia el sistema de democracia liberal. La afiliación a los partidos políticos es muy baja en situaciones de normalidad democrática, aunque la participación en las contendas electorales se mantiene a pesar de una cierta desazón hacia ese sistema. La búsqueda del fortalecimiento de la vida democrática viene marcando nuevos objetivos políticos. Se quiere potenciar la participación ciudadana a partir de experiencias nuevas y programas diseñados en el ámbito local. Muchos gobiernos se plantean el desafío de «democratizar» la democracia ya instituida. Esa democracia liberal que separó los aspectos privados de los públicos y que organizó el sistema de representatividad no es suficiente para las aspiraciones de muchos ciudadanos en el espacio público. El rechazo de las generaciones jóvenes hacia ese sistema puede ser la constatación de ese anhelo buscado también por sus padres.

La ciudadanía es un aprendizaje y, por lo tanto, debe enseñarse y potenciar su experimentación. Así, la creación de espacios de formación y aprendizaje pone las bases para que se pueda ejercer la democracia. Una bonita lección es el texto en el que se reivindica la escuela republicana como escuela de democracia. Ahora bien, que las generaciones jóvenes *aprendan a ser ciudadanos* puede también representar que la senda que vayan trazando dibuje un camino hacia un modelo distinto del que hoy tenemos instituido. Ello obliga a los mayores a estar abiertos a posibles nuevas formas de

participación política. Ése es un nuevo reto a afrontar. Aceptar la modificación de lo establecido, si ello facilita la integración de un mayor número de ciudadanos diversos y plurales, aunque no indiferentes.

Estas y otras ideas se van entrelazando entre los capítulos de los distintos autores. Con *Aprendiendo a ser ciudadanos*, sus editores, Jorge Benedicto y María Luz Morán, han hecho posible el avance hacia la comprensión de la complejidad que plantea la incorporación de los jóvenes a la vida democrática. Se trata de un nuevo instrumento a sumar a aquel otro trabajo, *Jóvenes y ciudadanos*, que ambos autores publicaron en el año 2000. Un punto de referencia imprescindible para aquellos que nos sentimos interesados por la vida en común hacia una buena sociedad.

Teresa MONTAGUT

José María Mardones

La vida del símbolo

(Santander, Sal Terrae, 2003)

La indiferencia religiosa en España

(Madrid, Ediciones Hoac, 2003)

Si algo define el espíritu de nuestro tiempo es la omnipresencia de la imagen. Con ella se re-

genera la piel gastada de un capitalismo que, para subsistir, ha sustituido el trabajo abnegado por el consumo compulsivo y la ética por la estética. La forma de vida del artista basada en la extravagancia, la autoexperimentación, la aventura, se difunde como pauta de acción del nuevo capitalismo informacional que, al decir de Bauman, vende y promueve identidades de quita y pon. Su aparato de producción no cesa en el empeño de nutrir la dimensión onírica del individuo incitándole a transgredir y modificar sus estilos de vida, sus hábitos, sus atuendos, su sexo, etc. Se trata del olvidar. De maquillar el inexorable paso del tiempo y de vivir renovando el rostro y la figura. El hombre de nuestros días encuentra su reflejo en *el retrato de Dorian Gray*, lozano, sin mácula, ajeno a las arrugas.

Sin embargo, esas metamorfosis que convierten a nuestras identidades en entidades versátiles y pasajeras no comprometen otras instancias de la vida humana que las lúdicas. Transcurren sin dejar huella en el alma, sin dejar rastro, ni dolor. Sin necesidad de echar la vista atrás. Se realizan sin pagar otra contraprestación que la meramente económica. No hay precio simbólico porque de ellas se han esfumado el sufrimiento, el desgarrar, el compadecimiento y, en el extremo, el re-encuentro fecundo con los límites desde los que experimentar el autoconocimiento personal. Vivimos tiempos de indolencia y de anestesia e indiferencia moral ante un dolor que hemos convertido en espectáculo; en definitiva, en imagen.

Los dos últimos libros de José María Mardones, *La vida del símbolo* (Sal Terrae, Santander, 2003) y *La indiferencia religiosa en España*